

El ostracismo de San Martín

(1825)

No existe, a mi entender, más grave error en el dominio de los estudios históricos que sostener que las grandes figuras deben pintarse a grandes rasgos, vale decir, ocultar a la posteridad las luces y las sombras que, para los contemporáneos, contribuyeron a acentuar la personalidad de los hombres prominentes. Desde el momento que un hombre se destaca sobre el fondo uniforme de su generación, adquiere derechos a la consideración de coetáneos y pósteros, pero se somete a la crítica de aquellos sin que le sea dado ponerle vallas, sea separando su vida privada de la pública, sea pretendiendo que sus actos no deban mancomunarse con lo que en sus escritos sostenga. Esa anfibología es, en el fondo, una superchería que no resiste al análisis y que no ha logrado hasta ahora imponer a los pueblos figuras convencionales o limitar la justa curiosidad de los que buscan explicar el móvil de actos al parecer inexplicables. Un hombre público sale del patrimonio exclusivo de su familia para ingresar al panteón de las celebridades colectivas: los deudos cesan, por lo tanto, de tener derecho sobre la memoria de tales antepasados, y las generaciones sucesivas gozan de absoluta libertad para modificar o completar los rasgos de las figuras históricas que reciben legadas a su admiración.

Y esto es obvio. Desde el instante que un personaje histórico ha influido en su época de una manera más o menos decisiva, debe a la posteridad la explicación de los móviles que lo

guiaron. Si rehuye cumplir este deber, sea prescindiendo de escribir sus *Memorias*, sea dejando su archivo voluntariamente trunco, sus deudos están en la obligación de llenar este vacío suministrando a la crítica todos los elementos de juicio que posean. Y si estos son deficientes o resultan controlados y, a las veces, modificados por testimonios de otro origen, o si, por un falso respeto filial, se ha intentado poner solo de relieve los rasgos favorables, aun cuando para ello se utilicen los papeles dejados con un criterio *ad usum delphini*: en cualquiera de esos casos la crítica histórica tiene no sólo el derecho, sino el deber, de restablecer la *vera effigie* del grande hombre con sus cualidades y defectos, estudiando implacable sus buenos como sus malos actos, porque debe ante todo investigarse la verdad, y, al ensalzar la memoria de un prócer, es necesario tener la veracidad de presentarlo en sus debilidades y grandezas, porque eso es humano, y porque es artificioso, amén de inútil, el ingenuo propósito de querer mistificar a la posteridad con la figura convencional, *ne varietur* que haya trazado cualquier biógrafo, más o menos benévolo... No: los hombres que se elevan sobre sus contemporáneos, que los dominan y los dirigen, son demasiado altivos, demasiado respetuosos de su propia sinceridad, para ocultar los errores o para implorar para ellos la misericordia desdeñosa del silencio; sería imputar a su memoria una triste cobardía, suponer que hubieran consentido en la limosna humillante de aquellos historiógrafos convencionales o panegiristas *de viris illustribus*, que creen poder ocultar hasta a la generación próxima todo lo que ésta ha oído referir mil veces a sus padres o a sus abuelos. Y si es grave falsear conscientemente la historia, no lo es menos guardar un silencio voluntario, so color de una piedad mal entendida, pues eso es admitir una complicidad que tiene que repugnar a toda conciencia honrada. Por otra parte las grandes figuras, las verdaderamente grandes, jamás salen amenguadas, antes bien resultan depuradas, cuando emergen del crisol de la crítica histórica, y ésta, lejos de parecer con ello irrespetuosa, dales muestra del más acendrado y varonil amor, al someterlos sin miedo y sin reproche, *sine ira et studio*, a la prueba decisiva de un procedimiento semejante.

Obedeciendo a criterio de esa naturaleza, me ha parecido interesante investigar cuál fué el móvil verdadero, oculto, íntimo, que impuso a San Martín la estraña e inexplicable línea de conducta que observó después de su histórica abdicación del mando en Perú. Su ostracismo voluntario del teatro de la guerra fué noble y generoso propósito, nacido como consecuencia de la otrora misteriosa entrevista de Guayaquil — hoy explicada en la curiosa carta del héroe, poco hace publicada — pero ¿qué explicación tiene su larga permanencia en Mendoza, apenas llega allí desde que se separó del ejército; qué significan aquellos dos años pasados en la obscura residencia de una ciudad de provincia, mientras que en la capital brillaba por vez primera un gobierno tranquilo y progresista como el del general Las Heras; qué quiere decir su venida silenciosa a Buenos Aires, dos años después, su estadía aquí, y su viaje misterioso a Europa, que implicaba un ostracismo voluntario, en medio de la indiferencia general de sus conciudadanos? El general San Martín, el héroe de América, el libertador de Chile y protector del Perú, el guerrero victorioso que acababa de obtener las victorias más gloriosas contra el enemigo nacional, y que del apogeo del poder había bajado voluntariamente a la vida privada; ese hombre singular ¿por qué pasaba desapercibido en su propia patria, cuyos gobiernos y cuyos pueblos afectaban no darse cuenta de que se encontraba en su seno personalidad semejante? El hecho es singular. Atribuirlo al cansancio producido por la reacción consiguiente a la terrible anarquía de 1820, no es explicación: en 1822, al llegar San Martín a este lado de los Andes, las provincias respiraban, la tranquilidad era relativamente grande y, sobre todo, Buenos Aires, bajo la administración Rodríguez, brillaba con inusitado resplandor, entregada de lleno al renacimiento provocado por las reformas de Rivadavia. Argüir con que los hombres entonces dirigentes no simpatizaban extraordinariamente con San Martín, tampoco es argumento satisfactorio, pues, si tuvo contrarios, debió tener amigos, y estos, sin embargo, no dieron señales de vida para festejarlo. Preciso es, por lo tanto, convenir en que nos encontramos en presencia de un verdadero fenómeno, cuya explicación no puede ni debe escamotear la historia.

San Martín fué, ante todo y sobre todo, un soldado. En la vida pública y en la privada, fué consecuente con su temperamento. Se trazó un plan y lo ejecutó, sin miramientos y sin vacilaciones. Desdeñó la política y no fió más que en su estrella. Desconocido en la sociedad argentina, llegó al país apoyándose en las simpatías y en las vinculaciones de Alvear y de las logias secretas, que entonces se ocupaban de mover los hilos ocultos que producían los actos ostensibles de los gobiernos; su casamiento con la patricia Remedios Escalada, la joya de la sociedad bonaerense de la época, le proporcionó el apoyo inapreciable de aquella familia, rica, altamente colocada y más extensamente vinculada. Casi sin demora salió a campaña, dejando sin sentimiento la vida compleja y las intrigas complicadas de la capital; entregado por completo a la vida de campaña, pronto se ubica en Mendoza, a las puertas de Chile, por donde se había propuesto comenzar la campaña suprema para obtener la libertad de América. No tenía, pues, raíces ni en la capital ni en el resto del país, carecía de los lazos comprometedores de las tradiciones sociales o de las amistades personales, era un iluminado para quien los límites de la patria se confundían con los del continente entero; convencido de su misión histórica, no admitió trabas ni compromisos que pudieran hacerle peligrar. Por ello cuando, en un momento de pavorosa anarquía, todo parecía sucumbir ante las hordas enfurecidas de caudillejos oscuros; cuando, presa el país entero de la terrible desesperación del naufragio, el gobierno lo llama a su socorro, e implora angustioso y le ordena venga a salvar la existencia misma de la patria, no vacila San Martín: desobedece, da la espalda a la hoguera, deja producirse el cataclismo que pudo haber aniquilado al país, y, como uno de esos geniales *condottieri* medioevales, reúne su ejército, lo hace pasar los Andes y se lanza a batallar, sin que perturbara la tranquilidad de su conciencia el clamor de las víctimas, la indignación de los que abandonaba a su infausta suerte, la reiterada execración de los gobiernos de cuyas órdenes así se burlaba...

El éxito coronó su plan y justificó su audacia. Impasible hasta el fin, indiferente al destino momentáneo de los pueblos que había abandonado, tampoco vaciló, cuando la anarquía

trionfante hubo disuelto los gobiernos constituídos, en plegar la bandera de la patria y en irse a guerrear al Perú, arrastrando sus huestes bajo bandera ajena. Poco le importaba tal o cual bandera; menos la suerte de tal o cual pueblo: la independenciam de América era lo único que lo ocupaba y preocupaba; para obtenerla era necesario destruir el foco del poder enemigo en el Perú, y, al logro de ese objeto, todo lo sacrificó: patria, gobierno, pueblos, bandera.

Volvió el éxito a coronar sus esfuerzos, y quedó San Martín consagrado como el guerrero más genial de América, como el hombre más grande del continente, pues había tenido la fortaleza de ánimo necesaria para destroz ar todos los lazos que pudieran ligarlo y para vencer todos los obstáculos que pudieran entorpecer su marcha.

Cierto es que no le fué dado terminar su obra. No podía sólo obtener el anhelado y supremo triunfo; le era menester contar con Bolívar y sus guerreros colombianos. La entrevista de Guayaquil decidió el problema: Bolívar, tan poseído como San Martín de su misión histórica, consideró friamente la situación y no se le ocultaron las ventajas que tenía; su ejército era superior en número y, como gobernaba sin contrapeso el norte del continente, podía disponer de recursos en hombres y dinero, de que San Martín carecía, divorciado como se encontraba de su patria, alejado de su base de operaciones, y no contando sino con los tercios diezmados que le quedaban. Fué, pues, lógico Bolívar al exigir para sí la gloria de tentar la victoria suprema; como fué lógico San Martín al reconocer la inferioridad de su situación. La grandeza de alma del último, sin embargo, se revela al consumir el sacrificio de su eliminación, porque su presencia en el teatro de la guerra habría sido un obstáculo insuperable para la acción de Bolívar. Y fiel a su ideal de obtener pronto y definitivamente la independenciam de América, por medio del golpe final al poder español, concentrado en las pocas huestes que aun quedaban en el Perú, se se alejó de allí sin vacilación y sin remordimiento, dejando abandonados a sus compañeros de armas y entregado su ejército a la dudosa buena voluntad de un émulo. Su brusca partida, casi en secreto, produjo una explosión

de indignación en la oficialidad y en las tropas que tan ciegamente le habían seguido; los cuerpos argentinos, sin jefe y sin bandera, quedaron reducidos a la categoría de vulgares tropas mercenarias. A todo fué sordo San Martín, pero dándose perfecta cuenta de que su sublime abdicación le atraía la maldición de su ejército sacrificado. Sin embargo, el éxito coronó su acción. Bolívar asumió el papel preponderante y la victoria final, prevista y fatal, selló la deseada independencia del continente.

Realmente hay algo de trágico en esa actitud de San Martín. Su figura de héroe se agiganta más en la desgracia que en la fortuna, y es mil veces más grande al rehacer el camino de Lima a Buenos Aires, solo, abandonado y de todos vilipendiado que al emprenderlo pocos años antes, lleno de entusiasmo y consagrado por victorias sucesivas.

Al llegar a Mendoza, la triste realidad se impuso a sus meditaciones. Discutido por todos, execrado a grito herido por sus compañeros de armas, abandonados en el Perú; odiado por los hombres dirigentes de su patria, a los que había igualmente abandonado en las ansias terribles del naufragio ante los embates de la anarquía: se vió proscrito en su propio país y tratado por todos, viejos adversarios y antiguos amigos, como el personaje maldito de la tragedia antigua, de cuyo contacto todos huyen porque no acarrea sino desgracias! En su corta y gloriosa acción americana, su misma inflexibilidad le había granjeado rencores profundos: había sembrado odios y tenía que cosechar tempestades. Los hombres más brillantes de Chile, afiliados al partido carrerino, no podían perdonarle el fusilamiento de aquellos próceres desgraciados y nefastos; los porteños dirigentes menos podían disculpar la implacabilidad con que fueron entregados indefensos a la brutalidad de los caudillos y sacrificados en aras de lo que, en la ofuscación de la época, se llamó su gloria egoísta y personal.

No podían hacerle justicia los coetáneos, y le era menester beber hasta las heces el cáliz de la amargura. No era San Martín hombre de amedrentarse por ello, y poco significaba eso para él, que obraba en cumplimiento de un deber inflexible. Su único juez tenía que ser la posteridad, y tranquilo

y estoico, confiaba en su juicio. Razón tenía: la justicia histórica le ha proclamado grande entre los grandes, no solo en la prosperidad sino, sobre todo, en la adversidad.

Eso explica porque se detuviera en Mendoza. Pero ¿por qué demoró allí dos años, mientras su familia, su esposa y su hija, se encontraban en Buenos Aires? Si estaba resuelto al ostracismo absoluto y a ausentarse para siempre de la patria, ¿por qué no siguió viaje hasta la Capital, y, unido a los suyos, se embarcó para el viejo mundo, donde había resuelto retirarse? En lugar de eso, se deja estar dos años en Mendoza, y solo se resuelve a venir cuando la muerte de su esposa le impone el cuidado de su única hija, y viene entonces a recogerla para partir casi sigilosamente, en un velero rápido. ¿Cuál es la explicación de conducta semejante?

El punto es oscuro y muy delicadas las conjeturas que para aclararlo puedan hacerse. Por de pronto, llama la atención el hecho singular de que a su llegada a Buenos Aires en 1824, no solo lo evitan los hombres del gobierno, sino que nadie lo visita, ni siquiera los miembros de la influyente familia de su esposa, con excepción del general Manuel Escalada. La frialdad que le demostró la sociedad corrió parejas con la de su familia y justificó aparentemente el desvío del gobierno. Porque si éste es explicable como comprensible retribución de la desobediencia de San Martín ¿cómo explicar que sus amigos no le rodearan, y que, sobre todo, la familia patricia dentro de la cual estaba casado tampoco lo agasajara, y menos que se creyera obligada a hacerle el público desaire de afectar ignorar su presencia? Es indudable que la razón de ser de este hecho no puede buscarse tan solo en la actuación política y militar de San Martín.

Acostumbróse en la primera época de la independencia a debatir con ardor y sin medida todo lo que atañía a los hombres públicos, estampando en las gacetas y en los panfletos de entonces hasta los más recónditos secretos de la chismografía política y social. San Martín no escapó a esa plaga; no en vano se aplasta a los demás, por elevado que sea el móvil que lo justifica, sin que aquellos se venguen empleando todas las armas posibles e imposibles. Los libelos reativos a San

Martín fueron, en efecto, cruelmente terribles; las caricaturas de la época, más terribles aún. Y si bien no puede prestarse ciega fe a documentos de tan dudosa imparcialidad, no conviene tampoco ignorarlos, pues es posible permitan, al discutir sus asertos apasionados, desentrañar la verdad, de la cual, después de casi un siglo, ya pocos rastros orales pueden quedar.

Nuestros coleccionistas conocen un rarísimo y muy curioso libelo escandaloso, atribuido al bando carrerino-alvearista y que parece ser debido a la pluma, para el caso empapada en *curare*, del habilísimo chileno Diego José Benavente. La caricatura allí incluida forma parte de una serie sugerente, y el Museo Histórico posee otras dos, una de ellas admirablemente coloreada, que la tradición supone inspirada por el espíritu ático de Gandarillas, otro chileno fiel al credo carrerino. En ellas es tratado San Martín sin piedad, del punto de vista de su vida pública y privada.

Esas publicaciones dan una explicación inexplicable de la frialdad y desvío con que fué acogido San Martín. Menester es dejar, una vez por todas, restablecida la verdad histórica, siquiera sea duro levantar el velo piadoso que parece encubrir esa faz de la vida del héroe. La leyenda existe; se mantiene latente; los libelos y las caricaturas de la época están en muchas manos; callar, es hipocresía; discutir, es noble y elevado, para destruir la calumnias, si la hubo, o para reconocer el error del héroe, si es que lo cometió. El punto es interesante para la historia y es con ánimo sereno y ecuaníme que se debe analizar. *Honni soit qui mal y pense.*

Puede decirse que han concluído de desaparecer los cócteos del grande hombre. Más aún: van en camino de extinguirse los que con ellos departían y de sus labios pudieron recoger la tradición genuina y la explicación última de las cosas que aquellos libelos han desfigurado. Estamos viviendo en medio de la tercer generación y aquella tradición, a fuerza de ser transmitida de unos a los otros, corre el peligro de ser desfigurada involuntariamente. Fijemos, pues, los rasgos salientes de la leyenda, controlando las exageraciones de los foli-cularios con las revelaciones de los que estuvieron en la intimidad de los sucesos.

El matrimonio de San Martín con Remedios Escalada fué un ruidoso acontecimiento social. El uno, era un "soldadote" — como afectuosamente lo llamaban los que de cerca le traron, — es decir, un militar cuadrado, que solo había vivido en los cuarteles y los campos de batalla; la otra, era una dama delicadísima, hija mimada de un padre poderosamente rico, y que la sociedad de entonces consideraba como una joya verdadera por su educación, sus sentimientos y su belleza. Era la boda ideal de Marte y de Venus, pero la Venus casta e impecable. La carrera de San Martín poco lugar dejaba a dulzuras del amor; su destino le vedaba los encantos del hogar tranquilo y de los goces exclusivos de la familia. Sus soldados estaban quizá más cerca de su corazón que los de su propia casa, y en esto no ha constituido excepción a la historia de los grandes guerreros de todos los tiempos, los que han lastimado inflexibles el corazón de quienes de su cuello se abrazaron.

Sin embargo, la hija que nació de esa unión dominaba por completo la ternura del corazón de acero de aquel padre. Había hecho que su mujer viniera a reunirsele en Mendoza, durante la larga residencia que le requirió la preparación del ejército con que debía vencer en Chacabuco y Maipú. La señora Remedios hizo el viaje — y que viaje: atravesar la pampa inconmensurable de Buenos Aires a Mendoza! en la clásica "galera", — acompañada de doña Encarnación Escalada de Lawson y de doña Mercedes Alvarez de Segura. En Mendoza, su casa fué pronto el centro de la vida social de la ciudad, y sus salones se vieron concurridos por lo más granado de los hombres civiles y militares que gravitaban alrededor del astro mendocino. Sólo la había acompañado de ésta, como regalo especial de su amante padre don Antonio de Escalada, una bellísima esclava, la mulata Jesús.

La esposa de San Martín, gracias a la simpatía que inspiraba y a su tacto realmente superior, ayudó a su marido de manera eficaz, eliminándole obstáculos, suavizándole resistencias y calmando las irritaciones del amor propio de muchos, más de una vez heridos por el proceder inflexible del gran capitán. Este no conocía los circunloquios, sino que reprendía sin con-

sideración y castigaba sin misericordia: llenos están los archivos de las notas secas y severas, en que separaba del ejército a oficiales distinguidos "por díscolos". La señora Remedios con la penetración finísima de una matrona delicada, suavizaba en lo posible las asperezas del marido, evitaba los excesos de su severidad, y más de una vez fué providencia de oficiales que veían cortada para siempre su carrera por causa de una falta pasajera, y a las veces leve. Era, pues, popular y muy querida. Matrona hasta la punta de los dedos, imponía respeto al más osado y, en medio de una ciudad convertida en un cuartel, su figura hermosísima y pura hacia el efecto de aquellas diosas antiguas que retemplan el ardor y conquistan la veneración de las gentes, paseando su persona immaculada en medio de las máculas inevitables de todo campamento.

Se realiza por fin la soñada campaña. Chacabuco y Maipú hacen inmortal el nombre de San Martín. Necesita este venir rápidamente a Mendoza, siempre en busca de elementos para consolidar sus triunfos. La voz pública decía que seguiría hasta Buenos Aires, para conferenciar allí con Pueyrredón... De repente, levanta su casa en Mendoza, envía a la capital, con una escolta de 25 hombres, a su esposa, acompañada de algunas amigas fieles, como la que fué señora Lawson, dejando todo arreglado para partir por el próximo correo. En Buenos Aires se le esperaba con entusiasmo y su esposa fué recibida con agasajos extraordinarios; hasta los poetas de la época la dedicaron quintillas que han sido populares. Pero San Martín no vino, cambió aparentemente de resolución y regresó a Chile. Escribió diciendo que los sucesos de ultra cordillera hacían allí indispensable su presencia, y volvió a Santiago, a fin de preparar la expedición al Perú.

Y así pasaron dos años. ¿Qué había sucedido? Coincidió la brusca partida de doña Remedios con una violenta resolución de San Martín, que hirió a dos oficiales de mérito: relegó a Mendoza a Murillo y Ramiro, alejándolos del teatro de la guerra, y agrega la crónica que aquella medida fué acompañada de tales aditamentos — la rapadura de ambos, entre otros — que se la consideró como una degradación. Ambos oficiales quedaron agraviadísimos, y ello quizá explica el porqué, más

tarde, se sublevó Murillo con el famoso "10. de Cazadores de los Andes". La murmuración coetánea quiso explicar aquella violencia, que se ejercía justamente con dos brillantes y hermosos oficiales, por haber sido estos tertulianos infaltables a casa de la señora de San Martín; y se atribuyó a intrigas de aquella esclava mulata antes recordada, que San Martín diera oídos a la calumnia de que aquellos subalternos se hubieran atrevidos a galantear a su esposa. Nada más lejano de la verdad: ni sombra de duda puede caber al respecto.

¿Prestó realmente oídos San Martín a la baja calumnia? No es posible creerlo; por lo menos, no se conoce documento alguno que dé pie a ello. Se cita, es cierto, un párrafo de una carta suya a Pueyrredón, en la cual dice: "yo he nacido para ser cornudo"; pero no puede interpretarse esa frase un tanto soldadesca sino como una broma de sal gruesa y de cuartel. El libelo carrerino antes citado pretende, sin embargo, que se le atribuía esa idea, y que por ello decretó la separación de su esposa y mantuvo inflexible tal línea de conducta, hasta la muerte de aquella. Pero más probable es que, parodiando la debilidad de Otello, prestara oídos al veneno de la esclava Jesús, que representó el papel del ruin Yago. Por otra parte, los libelistas de la época van más allá; pretenden que recompensó a Jesús hasta el punto de que de ella tuvo un hijo, gallardo mulato cuya sorprendente semejanza con San Martín ha sido familiar a la población de Lima, donde ha muerto hace poco, y donde residió por haber seguido su madre al ejército expedicionario desde Chile al Perú. Ha sido realmente voz pública en la ciudad del Rimac que aquel mulato era bastardo del héroe: lo único que puede decirse, contemplando su retrato,—que aquí mandó un diligente investigador, el peruano Domingo de Vivero — es que la semejanza, si casual, era maravillosa. Por supuesto, si desliz tuvo, fué pasajero; San Martín alejó de sí a la mulata, y en Lima ni siquiera pudo acordarse de ella, interesado como estaba en galantear a la seductora Rosa Campuzano, para arrancarle los secretos de los generales realistas, que la habían hecho su Ejería.

La leyenda de la mulata y su hijo, por otra parte, se encuentra implícitamente rebatida por este solo hecho: cuando

San Martín vino a Buenos Aires, hizo grabar en la tumba de su esposa esta sentida inscripción: "Aquí yace Remedios Escalada de San Martín, esposa y amiga del general San Martín." ¿Cómo conciliar ese homenaje póstumo con el resentimiento que se le atribuye y que aparentemente justifica su alejamiento sistemático? ¿Era acaso arrepentimiento? No: era el testimonio del cariño profundo, pero rudo, del guerrero que, sin quererlo quizá, no dejó de ser "soldado" como afectuosamente se le denominaba...

El hecho es que, en 1825, los acontecimientos habían trastornado un poco la posición de fortuna de la familia de Escalada, pero la llegada de don Bernabé, que traía de las Filipinas una curiosa fortuna, convirtió a aquel en el centro de la familia. Pues bien: don Bernabé Escalada, habitando la quinta patronímica, — que fué después de Bunge y más tarde de Navarro Viola, — no simpatizaba con San Martín, y, al anuncio de su viaje, anunció a la familia su resolución de no verlo, significando que todos los que lo estimaran deberían hacer lo mismo. Tal indicación fué una orden. El vacío que hizo alrededor del héroe la familia de su esposa fué, pues, absoluto: solo el general don Manuel se atrevió a visitarlo. Y San Martín se sintió tan sorprendido que ni siquiera reclamó personalmente a su hija, que estaba en poder de la abuela, sino que la hizo pedir por interpósita persona, se embarcó silenciosamente con ella, y, para demostrar su agradecimiento al general Manuel Escalada, le dejó como apoderado para la gestión de sus pocos intereses...

Hasta su muerte guardó San Martín la impresión profunda que le produjeron el desvío de sus conciudadanos y el desaire de su familia. Cuando diez años más tarde vino a ésta su hija Mercedes, ya casada con Balcarce, fueron tibias las relaciones con la familia materna, con excepción de la del tío Manuel. Debieron, pues, existir otras causas ocultas: la frialdad del tío Bernabé no es explicación satisfactoria, sobre todo mediando la actitud del otro tío Manuel; además, la sociedad porteña se mostró esquiva, siendo así que había adorado a la difunta Remedios... Y hasta su muerte, guardó San Martín el silencio más profundo respecto de este incidente de su vida.

¿Por qué se preocupa de él la posteridad? Sencillamente porque cambió el destino de aquel grande hombre; lo alejó del país, y privó a éste de la justa influencia y de los sesudos consejos del héroe.

Si San Martín hubiera estado en armonía con su esposa y en íntimo consorcio con la poderosa familia de ésta, la sociedad de Buenos Aires le habría abierto los brazos, lo habría retenido en su seno, y quién sabe cuán diversos hubieran sido los destinos de la patria. Aquella influencia ponderadora del gran capitán de los Andes se perdió para su país, justamente cuando le hubiera podido ser más útil. Un acontecimiento nímio decidió lo contrario; tal, en el curso torrencioso de ciertos ríos, sucede con un árbol cualquiera que cae en su cauce: el río se desvía, tuerce su curso gracias al embancamiento que se forma alrededor del árbol caído...

He ahí, pues, explicada la causa del ostracismo y del suicidio político de San Martín. Hé ahí porqué su gran figura se agiganta en el vasto escenario continental, pero se amengua y desaparece en el teatro reducido de la propia patria. Por eso también el historiador Vicente Fidel López ha interpretado con fidelidad las pasiones y rencores de los patricios bonaerenses, cuando juzga con acritud a San Martín. Pero esos no son sino lunares en la figura histórica del héroe: es una gloria americana más que argentina. Y fué quizá suerte grande: si se mezcla a las querellas de campanario de aldea, forzosamente habría empañado su gloria. De ello debe felicitarse la posteridad, doblemente sobre todo, después de aplicar a ese momento crítico de su vida al *causas cognoscere rerum*, la explicación del móvil que lo llevó a adoptar una actitud que permanecía envuelta en las nebulosidades de un enigma histórico.

Ernesto Quesada.